

UN ALTAR Y UN SEPULCRO

EN LA IGLESIA DE SAN IGNACIO



A la irreparable desgracia sufrida por un respetable caballero, el Sr. D. Cárlos Gonzalez de Orbegozo, avecindado ya entre nosotros, se debe que San Sebastián posea y exhiba en adelante dos obras que han de merecer ser visitadas y admiradas, y que seguramente han de llamar la atención así de las personas entendidas como de cuantas sientan algún *amore* por todas aquellas manifestaciones que son producto del trabajo que realiza y expresa el genio del artista.

Los que por su manera y condición de ser no pueden aspirar á vivir en el medio ambiente que ofrece con frecuencia campo á sus verdaderas inclinaciones, expermentan bajo las bóvedas del nuevo templo de San Ignacio, cierta sorpresa, ese efecto atractivo que incita más al estudio y á la observación y que es prueba evidente del entusiasmo que despiertan el conjunto de bellezas que reunen y que con esplendor ostentan los trabajos que por su valer y méritos sobresalen.

Nos referimos al magnífico altar y al valioso sepulcro que en la parroquia del Sarrio de Gros acaban de construirse con verdadero gusto, magnificencia y esplendidez.

Las dos obras constituyen dos delicadas joyas; en ambas bien se vé que se ha puesto un empeño que pudiera calificarse de sagrado; en la construcción nada se ha escatimado, sin duda, se quiso hacer una cosa que pudiera llamarse buena, y no solamente se ha conseguido, sino que ha llegado á su grado superlativo.

Un gusto delicado y distinguido predomina así en el enterramien-

to como en el altar; existe en toda la obra un gran carácter de originalidad, y la oportuna propiedad que se ha aplicado al asunto y su solemne y elegante sencillez, ofrecen silenciosa meditación é inspiran profundo sentimiento religioso.

En el fondo del altar se reproduce en riquísimo mosaico la «Coronación de la Virgen» obra de aquel venerable místico en cuya retina se pintaban los angeles y los querubines y de cuyas manos jamás ni una Virgen ni un Cristo salió sino entre oraciones y lágrimas.

Este insigne fraile es Fra Angélico: el mosaico que se cita reproduce con exactitud su clásico lienzo.

Estaba reservado á Fra Angélico ser tal vez el primero que, á través de su místico espiritualismo, comprendiera la belleza, ó por lo menos la gracia femenina. Bajo su pincel, la Virgen, envuelta en su modesta vestidura, adquiere la expresión de una infinita dulzura y su rostro tranquilo encuadrado dentro de sus cabellos, es una de las más simpáticas obras de tan admirable maestro.

La reproducción que sirve de fondo al altar es un mosaico trabajado con suma maestría y es hábil muestra de la cimentada reputación de que goza la casa que lo ha construido.

El aspecto general de las dos obras es el ojival, y su autor es el distinguido y notable arquitecto D. Juan mártorell, de Barcelona.

La mesa del altar es de una sola pieza de mármol de Carrara, sostenida por tres bases compuestas de tres columnas de fustes reunidos, y los bajos, así como los capiteles de éstos asientos, son esmeradas obras de talla calada.

El sagrario es de hermoso bronce dorado con ornatos sobrepujados.

El tabernáculo que guarda el sagrario, es también de mármol blanco, las dos coloninitas de que se compone su frente, son de costoso jaspe esmeralda de los Alpes, nota distinguida que contrata con original elegancia; los motivos de ornamentación sobrepuestos de bronce dorado, dan mucho realce al conjunto.

Los lados bajos del altar están recubiertos con mármol rojo de Bigorre, y el fondo de las columnas que sostienen el ara, de jaspe verde.

En las ojivas de las dos naves se han escrito en caracteres góticos dorados, algunos versículos, lo cual aún da más sabor á la época artística que se ha querido representar.

El enterramiento que á derecha del altar se admira, es obra inspiradísima del más exquisito gusto.

El sarcófago, como todo el fúnebre monumento, es de mármol blanco de Italia.

La tumba contiene dos pilastras, y en el centro de ambas se ostenta una graciosa cartela que figura estar sostenida por dos rosetones de bronce dorado; cubre el nicho una estatua yacente, obra primorosa que desde el primer momentó atrae la atención del visitante.

La expresión que el escultor ha sabido imprimir al mármol, es de un corte clásico; los pliegues del lienzo que guarda el cuerpo están concienzudamente estudiados; la blandura de la sábana, el relieve que en ella produce la figura, son riquísimos efectos que el artista ha ejecutado con gran verdad y elegante estilo.

La cabeza de la estatua descansa sobre una almohada y está colocada con suma naturalidad; el rostro está muy bien dibujado y muy sentido; la mano derecha descansa sobre el pecho y sostiene una cruz pequeña y el brazo izquierdo está artísticamente tendido.

Hemos de felicitar con sinceridad al Sr. Valmichana (Venancio) de Barcelona, autor de ésta escultura: no nos extenderemos exponiendo su nombre y sus méritos, pues bien conocidos son los de éste distinguido y laureado escultor catalán en el mundo artístico; por eso, nosotros, los aficionados donostiarra, celebramos poder admirar en una de nuestras iglesias, obra tan notable y digna de tan renombrado artista.

De los lados del sarcófago se elevan dos columnas aisladas de mucho lucimiento; en sus capiteles descansa el dosel, que está compuesto de cuatro tímpanos y cinco pináculos, y del centro se eleva la cruz, remate y coronamiento del monumento.

En el fondo de la estatua yacente se representa en magnífico mosaico la imagen de la Virgen del Perpétuo Socorro.

Las dos enjutas altas de la archivolta son delicados trabajos de talla calada.

También la caña de la archivolta que rodea á la imagen de la Virgen, está ornamentada con graciosa franja de hojas de alto relieve que prestan á la obra especial importancia.

Varios signos heráldicos completan el conjunto de éste hermoso enterramiento.

El fondo general del sepulcro está recubierto de mosaico, de severa entonación, imitación á tapiz.

De la nave que forma la capilla penden cinco arañas de bronce dorado.

El mosaico todo está trabajado por la conocida y acreditada casa Facchina, de París. Un oficial florentino y un hijo de la misma casa, son los que han colocado los mosaicos de éstas dos obras.

El trabajo de construcción general, lápidas y colocación de todas las piezas de que se componen el altar y el sepulcro, ha estado á cargo del conocido é inteligente maestro don Tomás Altuna.

Las verjas que rodean la capilla son de hierro dulce y están compuestas de diversos y elegantes dibujos. Son obra muy notable en su género y han sido construidas en Durango.

El apreciable y activo escultor señor Fermín ha puesto otra vez de manifiesto lo que vale, pues él es quien ha ejecutado los magníficos tallados que contienen las dos obras.

La impresión que ante éstas hemos experimentado es la más agradable, y el exponer en estas páginas el efecto causado es con objeto de que los amantes á las bellas artes no ignoren que existe algo nuevo que ver en nuestra ciudad y que es preciso ir á admirarlo, pues á nuestro juicio, lo que dejamos escuetamente descrito constituye dos preciosidades más con que cuenta esta población.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

LA MISA A BORDO



A popa sencillo altar;
Bandera patria por velo;
Techumbre, el azul del cielo;
Y por pavimento el mar.
Luz, del sol el irradiar
Que sigue del buque en pos,
Un Cristo,... y ambos á dos
Cielo y mar en dulce calma,
Llevan la oración del alma
Desde el altar hasta Dios.

